



PASILLO:
 COBRAR LA FAMA
 ES NOBLEZA,
 Y DESEMPEÑAR SU AGRAVIO.

*Sale Leonor con espada desnuda,
 y dice.*

A desempeñar mi agravio
 vengo quexosa de un hombre,
 y he de beber de su sangre,
 à pesar de quien lo estorve.
 Sin que el mundo le defienda,
 aunque lo sientan los montes,
 aunque baxen à millares
 las estrellas de esos orbés,
 se ha de ventilar la causa

à los filos de este estoque.
 Dará la vida à la parca,
 pagando sus sinrazones:
 víbora soy, basilisco
 contra: mas no es bien le nombre,
 siendo traydor, fementido,
 infiel, desleal, indócil;
 el qual me ha dado palabra
 de ser mi esposo, y faltóme
 à las leyes del amor,
 quebrando sus pundonores.

Sí

Si lo hizo, no me pesa,
seré contra él un bronce,
se é una sierpe atrevida
de verdinegros colores,
que bomitando veneno,
me vengue de sus acciones.

Ve ahora à Don Diego.

F mentido Caballero,
hombre falso entre los hombres,
saca, cobarde, esa espada,
y aunque soy muger, disponte
à reñir, que la victoria
será mía, no lo ignores;
porque siempre à la razon
le asisten otras razones.

Don Diego.

Detente, rara hermosura,
iman de mis atenciones,
norte fiel de mis discursos,
rémora de mis acciones.
Vuéve à la bayna el acero,
oculta el dorado estoque,
desvanézcase tu ceño,
serénense tus dos soles,
que ya me tienen sin vida
tus eruditas razones.

*Embayna, y hace que llora
Leonor.*

Correrán mis ojos fuentes,
hasta apagar los ardores,
que en mi generoso pecho
arden por causa de un hombre.

Don Diego.

No llores, bello prodigio,
hermosa Ninfa, no llores,
no robes con tanto imperio
palpitantes corazones.

Tóma ese blanco lenzuelo,

Alárgale un pañue'o.
coge las perlas que corren

por el márgen de tu rostro
à ese océano de flores.
Óyeme, bella Amarilis,
templa tus sentidas voces,
pirata de voluntades,
archivo de admiraciones,
blanco de mis esperanzas,
que si la suerte dispone
surta efecto mi deseo,
cumpliendo tus intenciones,
he de ser tu fino esposo,
à pesar de quien se opone.

Leonor.

Quién, Don Diego? tú mi esposo?
ni lo digas, ni lo nombres:
el que una vez me engañó,
no es fácil que otra lo logre.
Mas fácil será el mudarse
esos empinados montes,
y que tiemblen los castillos,
que titubeen las torres,
que se eclipsen los planetas,
que se estremezcan los orbes,
que el sol retire sus rayos,
negando sus resplandores,
y tiranizando esferas,
el día se vuelva noche,
y del mar las crespas ondas
olviden su curso móvil,
abra la tierra sus senos
con parasismos y horrores,
y me sepulte en sus tumbas,
me oculte en sus panteones.
Del todo determinada,
llena de mil confusiones,
vengo à definir la causa,
que infama mis pundonores.
Al cielo pido venganza,
à los astros, à los orbes,
à los rios, à los mares, à

à los riscos, à los montes,
à los prados, à las selvas,
à los campos, à los bosques,
à los sotos, à las breñas,
à las plantas y à las flores.

Aves, peces y animales,
que con diversos colores
vais publicando la estirpe
de vuestras generaciones,
volvéd por aquesta causa
mal dirigida de un hombre.

Don Diego.

Confieso, señora mía,
que he errado: aquí me perdone
tu gallarda gentileza;
y supuesto que eres noble,
mas fácil es perdonar,
que seguir ciertos errores.

Supuesto que eres discreta,
déra falsas opiniones.
Peregrino soy, señora,
que al cielo de vuestra corte
camino y caminaré

como errante, ciego y torpe,
hasta hallar seguro puerto,
asilo en mis aflicciones.

Soy qual pelícano amante,
que gustoso el pecho expone
que le den mil heridas,
por que la vida recobren
sus estimados polluelos:

corta, despedaza, rompe
mi pecho, y verás en él
impresas estas razones.

Oprimiente mis querellas,
reprimante mis pañones,
y suavemente mis suspiros,
y suavemente mis voces.

Leonora.

No me rindo à tus caricias,

ni me ablando à tus razones,
ni aliento de tus suspiros,
ni me reprimo à tus voces:
no doy crédito à tus ansias,
seré mármol, seré bronce,
que ni le ofenden la lima,
ni el martillo con sus golpes,
ni el buril mas acerado
imprime en él sus retoques.

Don Diego.

No niego, señora mía,
que anduve mal por entónces:
mas quien confiesa el delito,
es justo se le perdone:
disculpe vuestra piedad
à quien ya se reconoce.

Leonora.

Eso para Dios se queda,
no lo dudes, ni lo ignores,
y no para una muger,
que mira sus pundonores
vituperados de un falso,
que no conoce atenciones.

Don Diego.

No me apartaré, señora,
de tu vista, sin que logre
me dés la mano de esposa,
suponiendo que eres noble,
que yo me ofrezco poner
mi vida à los fieros golpes
de la envidia, y à la muerte,
si hay acaso quien lo estorve;
y con eso quedarán

gozosos estos señores,
regocijadas las damas,
que este concurso componen,
y con tanta bizarría
en esta a fombra de flores
esperan el celebrar
de este alarde los primores.

Leo-

Leonor
Mucho han podido tus ruegos:
mi corazón que de dócil
blasona, ya se enterneces;
toma mi mano, y responde.
Estimarás mi fineza?

Don Diego.
Premiaré tus pandonores.

Leonor.
Te parece que soy linda?

Don Diego.
Diganlo bien tus dos soles,
que flecheros de Cupido,
van rindiendo corazones.

Leonor.
Parece que eres discreto.

Don Diego.
Tu belleza me dispone
à parecerlo, mas bien
que aquellos Cisnes acordes
que en el Parnaso à Castalia
bebieron dulces licores.

Leonor.
Y tú me has querido mucho?

Don Diego.
Diganlo mis atenciones,
que olvido toda hermosura,
siempre atento à tus primores:
y te serviré, señora,
con firmes resoluciones,
hasta que la inexorable
parca temible, coloque
entre las cenizas frías
mi cuerpo entre mil horrores.
Ciego sigo tus pisadas,
iman registro tu norte,
ni otro bellocino anhele,
ni dicha que me corone.

Leonor.
Quisiste bien à Lisarda?

Don Diego.
Jamás rondé sus balcones,
nunca la he servido amante,
ni pretendí sus favores,
que nadie pudo lograr
ser blanco de mis pasiones,
sino tú, bella Diana,
íman de los corazones,
Venus en la compostura,
y Pallas en los primores.

Leonor.
Serás cariñoso amante?

Don Diego.
Y mas fino que fue Adónis:
à Narciso enamorado
excederé con mis voces;
y en virtud de ser tu esposo,
te consagro adoraciones.

Leonor.
En cambio de esas finezas,
yo premiaré tus amores,
cumpliré tus esperanzas,
sin que haya contradicciones.
Tu esposa seré constante,
pues ser mi esposo propones.

Don Diego.
Beso tus plantas, señora,
deidad de valles y bosques,
Venus de esos promontorios,
y Dafne de aquesos montes,
à quien rinden mis aplausos
los canoros ruseñores,
merlas, pardillos, calandrias,
y cardilinas acordes,
al desterrar el aurora
los celages de la noche.
Y así, discreto auditorio,
con un victor se coronen
tan grandes felicidades,
como logran mis amores.